

Notas lingüísticas a *CIL III 218*

La inscripción 218 del tomo III del *Corpus inscriptionum latinarum* es una inscripción honorífica que aparece en un miliario proveniente de la isla de Chipre, dedicado al emperador Septimio Severo y a sus hijos: el emperador M. Aurelio Antonino, más conocido como Caracalla, y Septimio Geta. Gracias a la mención de la sexta potestad tribunicia de Septimio Severo puede fecharse con precisión en el año 198 d. C. Es una inscripción bilingüe, con versión latina y griega del mismo texto. Nuestro interés se centrará principalmente en la latina, que dice así:

*Imp. caes. di*VI ANTONINI *pii germanici sar*
matici filii DIUI COMMODI FRATRI M ANTONINI PII *nepoti*
diui hadriani pron
DIVI TRAIANI PARTHICI ET DIVI NERVAE *ab*NEPOTI I
[septimio]
SEVHRO PIO PERTINACI AVGVSTO ADIABENICO
[MAXIMO PO
5 TIFICI MAXIMO TRIBOVNICIAI PO TO VI // PATRI
PATRIAI
ET IMPERATOR CAISAR L SEPTIMI SEVERI PII
[PERTINACIS
PART AVG MAXIMI F M ANTONINI PII GERMANICI
SARMATICI
NEPOTI DIVI ANTONINI NEPOTI DIVI ADRIANI ET DIVI
TRAIANI
ET DIVI NEROV MAVRELIO ANTONINO AVGVSTO
[TRIBOVNICIA *Potestate*

10 ET L CEptimio getae nobilissimo caesari MILIA EREXIT SEB
 PAPOS sACRAMetropolis
 CIBITATIOYM CYPRI PER AVDIOYM BASSOYM PROCOS
 PROVINC . CYR CYPRI AN . IVII¹

En una primera lectura sorprenden inmediatamente lo que parecen ser una serie de “errores” cometidos por el lapicida desde el punto de vista gráfico. Así, SEVHRO l. 4 aparece escrito con eta en lugar de la *e* del alfabeto latino; en TRIBOVNICIAI l. 5 y TRIBOVNICIA l. 9, así como en NEROV(ae) l. 9, encontramos un dígrafo *ou* donde esperaríamos una *u*; por otra parte en la posición inicial de la palabra que indudablemente se utiliza para referirse al emperador L. Septimio Geta aparece una letra que en el alfabeto latino nota la oclusiva velar sorda. La explicación de todo ello es clara: se están produciendo interferencias entre los alfabetos latino y griego. El aparente signo de la velar sorda no es sino la forma mayúscula de la sigma griega, la eta reemplaza a la *e* larga latina y el diptongo *ou* a la *u*. Este tipo de “errores” son de gran ayuda en la restitución de la pronunciación de las lenguas en época antigua y el hecho de que esta inscripción sea bilingüe nos aporta datos para estudiar tanto la latina como la griega. En este caso, parece evidente que el lapicida es alguien de origen griego, alguien que maneja una lengua extraña a él en la que, aún conociéndola en cierta medida, deja escapar algunas peculiaridades de la suya propia. Sturtevant opina que cuando

(1) La traducción sería la siguiente: “Al emperador César L. Septimio Severo Pío Pértinax Augusto Adiabénico Máximo, hijo del divino Antonino Pío Germánico Sarmático, hermano del divino Cómodo, nieto de M. Antonino Pío, bisnieto del divino Adriano, tataranieto del divino Trajano Pártico y del divino Nerva, pontífice máximo, durante su sexta potestad tribunicia, padre de la patria, y al emperador César M. Aurelio Antonino Augusto, hijo de L. Septimio Severo Pío Pértinax Pártico Augusto Máximo, nieto de M. Antonino Pío Germánico Sarmático, bisnieto del divino Antonino, tataranieto del divino Adriano y del divino Trajano y del divino Nerva, durante su primera potestad tribunicia, y a L. Septimio Geta, nobilísimo César, les erigió esta columna miliaria Paphos Augusta, sagrada capital de las ciudades de Chipre, por mediación de Audio Basso, procónsul de la provincia de Chipre, en el año séptimo (del emperador Septimio Severo)”.

una lengua toma de otra un préstamo, -y aunque aquí la situación no sea exactamente la misma no puede negarse que tiene indudables paralelismos- éste asume en la nueva lengua una forma fonética tan cercana a la de la lengua original como permitan los hábitos de pronunciación². Y así, que en SEVHRO se emplee una eta, es testimonio de que a fines del siglo II d. C. este signo seguía notando una vocal de timbre *e* y no *i*, al que evoluciona en fechas que suelen situarse entre el 150 y el 400 d. C.³

Del dígrafo *OV* sabemos que en la tradición latina arcaica se mantuvo por un tiempo para notar la vocal *u* larga aún después de que lo que originariamente sí era un diptongo evolucionase hacia este sonido; pero por la fecha y el lugar en que fue encontrada la inscripción creemos que su empleo en los ejemplos mencionados debe entenderse, al igual que hacen Sommer-Pfister a propósito del ejemplo SALOVTE de *CIL* VI 406, l. 6, como un grecismo⁴. Este dígrafo *OV* notaba en griego helenístico, como también en el moderno, un sonido vocálico *u*.

Curiosamente, el grabador no se conforma con adoptar el dígrafo griego *OV* para notar la *u* latina, sino que en su deambular entre los sistemas de escritura latino y griego da un paso más y sustituye el segundo elemento del dígrafo por su equivalente en griego; de ese modo nos encontramos con CIBITATIOYM, AVDIOYM, y BASSOYM, todas en l. 11. El recurso gráfico empleado aquí como notación de la *u* es semejante al que se utiliza en la forma SEOUHROU del texto griego l. 20. Extraña en cambio que en la línea 16 de este mismo texto griego aparezca la forma SEUHRW. ¿A qué puede deberse esta oscilación en la transcripción

(2) STURTEVANT, E. H., *The Pronunciation of Greek and Latin*, Filadelfia, 2ª ed. 1940 [1ª ed. 1920] pp. 22-23.

(3) STURTEVANT, *op. cit.*, p. 38. Para conocer el estado del sistema vocálico griego en la época que nos ocupa resulta muy interesante el artículo de I. R. ALFAGEME, "Notas sobre la evolución del sistema vocálico en la *koiné*", *Cuadernos de Filología Clásica* 9, 1975, 339-379.

(4) SOMMER, F.- PFISTER, R., *Handbuch der lateinischen Laut- und Formenlehre*, Band I. *Einleitung und Lautlehre*, Heidelberg 1977, p. 70.

del mismo nombre latino, toda vez que no parece probable suponer una diferencia de pronunciación entre ambas?⁵ Podrían aducirse dos causas: o bien el hecho de que así como antes sustituyó la letra *V* latina por la misma del alfabeto griego en los ejemplos AVDIOYM BASSOYM, ahora ha transliterado la *V* de la palabra latina SEVERO por su correspondiente en griego; o bien que, partiendo de una pronunciación semivocálica de lo que en latín se nota con *V* y realizando un corte silábico tras ella, o sea, [sew-ero], ha elegido para representar gráficamente dicho diptongo el dígrafo griego usado habitualmente con tal fin, EU, posición en la que ypsilon se pronunciaba como una *u* y no como la *ü* alemana, valor que sí tenía cuando actuaba como centro silábico⁶.

Dos testimonios del texto, a saber, NEROV(ae) y CIBITATIOYM me sugieren la pregunta de cuál sería la pronunciación, a fines del siglo II d. C., de lo que en latín clásico parecía ser la semiconsonante wau. Si solamente hubiese aparecido NEROV(ae) posiblemente habríamos concluido que, puesto que se emplea el mismo dígrafo de influencia griega que en los casos de *u* vocálica, estaríamos ante un sonido más cercano a la vocal que a la bilabial fricativa a la que sabemos evolucionó por el testimonio de las lenguas romances. La duda surge por la presencia, dos líneas más abajo, de CIBITATIOYM, donde la esperable *u* se ve reemplazada gráficamente por la oclusiva bilabial. Palmer opina que las confusiones ortográficas que se observan en las inscripciones deben interpretarse con arreglo al principio de que los símbolos de los sonidos no son intercambiables si no tienen un valor igual o muy semejante⁷. El punto

(5) Sobre las distintas posibilidades de transcripción de la secuencia latina *EV* al griego *vid.* ECKINGER, Th., *Die Orthographie lateinischer Wörter in griechischen Inschriften*, Munich 1892, pp. 27-29.

(6) STURTEVANT, pp. 53-55, donde se compara la pronunciación del mencionado dígrafo griego en época clásica con el diptongo de la palabra española *Ceuta*, es decir [ew].

(7) PALMER, L. R., *Introducción al latín*. Trad. de J.J. y J.L. Moralejo, Barcelona 1988, p. 160.

de intersección de los valores de ambos, la semivocal y la bilabial, sería la *aspiratio* que, según Velio Longo⁸, acompaña a la pronunciación de la semivocal, aspiración que se manifestaría en la consonante labial como una pérdida de la oclusión y consiguiente fricatividad. Puede afirmarse, creemos, que la realización de lo notado con *V* -en este caso concreto con *OV*- es una fricativa bilabial. Pudiera parecer que esta conclusión choca con la extraída más arriba de la transcripción al griego SEUHRW de l. 16, donde se aceptaría más bien que la *U* representa una semivocal. Pensamos que en absoluto: suponíamos allí que la presencia de la *ypsilon* venía dada por su pertenencia a un diptongo, *EU*. Pues bien, este diptongo evolucionó hacia una pronunciación [ev] o [ef] en griego moderno. Aunque Sturtevant⁹ considera que no hay evidencias convincentes para fechar esta pronunciación antes del siglo IV d. C., creemos que en esta inscripción de casi comienzos del siglo III pueden estar atisbándose las primeras pruebas de dicho cambio.

Pasemos ahora a otro caso, el de las formas TRIBOVNICIAI Y PATRIAI de la l. 5 y CAISAR l. 6. Sabemos que el diptongo *AI* se mantiene en las más arcaicas inscripciones latinas y que es aproximadamente a comienzos del siglo II a. C. cuando empieza a ser sustituido por *AE* hasta que su uso se regulariza en el siglo I a. C. Por ello Sommer-Pfister consideran que su reaparición en época imperial está motivada por un gusto arcaizante, que tuvo su máximo esplendor bajo el emperador Claudio¹⁰. Posteriormente *AI* sigue apareciendo de manera esporádica y especialmente en el genitivo y dativo de singular de la primera declinación, de lo que aquí tenemos dos ejemplos¹¹. Podríamos

(8) Velio Longo VII 58, 17 ss., citado por SOMMER-PFISTER *op. cit.*, p. 129.

(9) *op. cit.*, p. 55

(10) *op. cit.*, p. 63.

(11) Vid. otros ejemplos recogidos en la obra de A. HEHL, *Die Formen der lateinischen ersten Deklination in der Inschriften*, Tubinga 1912, pp. 10-13 y 25-29, donde se comprueba que los nuestros son los únicos ejemplos que se conservan del siglo II en inscripciones fechadas.

pensar que tanto en ellos como en el nombre propio CAISAR se nos ofrecen las pruebas de una pronunciación cerrada del segundo elemento del diptongo, si bien en cualquier caso seguiríamos ante un diptongo. Pero por otro lado, tenemos bastantes testimonios¹², entre ellos de Varrón¹³, de que, junto a una pronunciación urbana del diptongo *AE* como tal, existía ya desde antiguo otra rústica, circunscrita en un primer momento a los territorios prenestino, sabino y umbro, consistente en la monoptongación del diptongo en *e*. También en los grafitos de Pompeya, del siglo I d. C., se muestra una confusión de *e* breve y *ae*. En el mismo siglo algunas inscripciones de Roma muestran los comienzos de la misma confusión, que se extendió mucho más en Roma y en las provincias en el siglo II. Junto a esto, las lenguas romances presentan una evolución similar del diptongo *ae* y de *e* breve, mientras *e* larga se mantiene distinta de ambas. En resumen, nos encontraríamos ante tres testimonios de una pronunciación del diptongo *ae* que a finales del siglo II d. C. iría un poco en contra de lo que parece ser la tendencia general en ese momento, o sea, la monoptongación. Pero, por otra parte, dado que hemos tenido varios ejemplos en los que el restablecimiento de la pronunciación latina pasaba por la consideración de la griega en el mismo periodo, parece conveniente actuar de modo semejante también en este caso. En papiros griegos del s. II a. C. comienzan ya a confundirse *αι* y *ε*. En las inscripciones áticas la confusión no empieza hasta el siglo II d. C. y hasta el 150 d. C. no es frecuente. Pero, de nuevo según Sturtevant, en fechas posteriores aparentemente la pronunciación como *e* estaba bastante bien establecida¹⁴. Las inscripciones griegas de los siglos II y III d. C. de las catacumbas judías en Roma emplean épsilon en lugar del diptongo *αι* históricamente correcto aproximadamente en

(12) *vid.* STURTEVANT *op. cit.*, pp. 125-128.

(13) *De lingua latina* 7, 96.

(14) *op. cit.*, p. 49.

dos tercios de los casos. Así pues, parece que en la fecha y entorno geográfico de la inscripción que nos ocupa el diptongo griego *αι* podría estar pronunciándose ya como el sonido vocálico *e* que ha mantenido hasta época moderna. Por todo ello no nos parece tanto que el lapicida oiga y pronuncie [ai] y elija las dos letras del alfabeto latino que notan tales sonidos, como que oye y pronuncia [e] y elige, como ya hizo antes con *OV* para representar *u*, el dígrafo griego *αι*, que en aquella fecha podría estar notando [e].

Pero nos quedan aún algunas otras peculiaridades que tratar desde el punto de vista gráfico. Una de ellas tiene que ver con el nombre latino de la ciudad dedicante de este título, llamada en griego *Παφός*. En dicho nombre, PAPOS l. 10, la aspirada griega aparece transcrita no con el dígrafo *ph* sino con el de la oclusiva labial sorda. J. L. Moralejo afirma que la notación de la aspiración consonántica en latín es un proceso “lineal” e “irreversible”, es decir, que a partir de un momento dado es normal la utilización de los dígrafos *CH*, *PH*, *TH*, *RH*. Y considera que a partir de ese momento, que podría situarse hacia mediados del siglo I a. C., los testimonios de anormalidad carecen de interés desde un punto de vista ortográfico¹⁵. Para Biville las grafías *p*, *t* por *ϕ*, *q* corresponden a la pronunciación normal de las aspiradas griegas en latín y asegura que, como en nuestro ejemplo, abundan en las inscripciones las formas en las que la aspiración no se nota¹⁶. Sin embargo, también es verdad que la *ϕ* aparece en ocasiones transcrita en latín ya desde comienzos de la época imperial por *f*. Por otra parte, en el epígrafe *CIL* III 12101₂ proveniente también de Paphos en Chipre, aunque de datación desconocida, este mismo nombre aparece transcrito con *ph* y, además, el nombre de esta ciudad evolucio-

(15) MORALEJO, *Notación de la aspiración consonántica en el latín de la república*, Bolonia 1968, p. 2.

(16) BIVILLE, F., *Les emprunts du latin au grec. Approche phonétique. Tome I. Introduction et consonantisme*, Lovaina-París 1990, pp. 157-158.

nó hacia Baffo¹⁷. Por todo ello dudamos que la pronunciación en latín fuese la de una oclusiva labial sorda, pues, de no ser aspirada, se esperaría más bien que fuese la de fricativa labiodental. En las inscripciones judías de Roma de época similar a esta nuestra se encuentran muestras de la equivalencia de griego *f* y latín *f*¹⁸.

En la l. 11, dentro del texto latino, aparece el nombre propio AVDIOYM. Su transcripción en griego, l. 28, es ODIΟΥ. Posiblemente en este caso dicha transcripción testimonia la pronunciación real del diptongo latino AV en ese momento. Si el lapicida no emplea también O en el texto latino la razón ha de buscarse sin duda en el hecho de que la grafía en los nombres propios es bastante reacia a los cambios y por ello tarda en reajustarse a las evoluciones de la pronunciación.

Respecto a la forma PO/TIFICI, l. 4/5, es bastante probable que responda a la pronunciación real. Según Seelmann, en latín vulgar una ya de por sí débil nasal situada en fin de sílaba puede llegar a desaparecer totalmente ante una consonante homórgana (en el caso de N serían homórganas D, T y S) que se halle situada en principio de sílaba y por tanto es más fuerte¹⁹. De este hecho hay multitud de ejemplos y este parece ser otro de ellos.

Y para finalizar ya con el apartado correspondiente a los hechos de grafía y pronunciación, citemos un curioso testimonio, el que nos ofrece en l. 22 la transcripción al griego del nombre del emperador Marco Antonino: MARKANTWNINOY, donde parece que la vocal final del *praenomen* se elide ante la inicial del *nomen*.

(17) Cf. PAULY, A. - WISSOWA, G., *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, Stuttgart 1949, tomo XVIII₃ s.v. Paphos.

(18) STURTEVANT *op. cit.*, p. 84.

(19) SEELMANN, E., *Die Aussprache des Latein nach physiologisch-historischen Grundsätzen*, Heilbron 1885, p. 273.

Desde el punto de vista morfológico, tan sólo parece digno de mención el genitivo plural CIBITATIOYM en lugar de *ciuitatum*.

Por lo que a la sintaxis se refiere, se observan también algunos hechos contrarios a lo esperado. Así en l. 6, el editor, Mommsen, ofrece la lectura conveniente al sentido del pasaje, el esperado genitivo SEPTIMI SEVERI, corrigiendo el texto, que presenta SEPTIMIO SEVERO, con una terminación *-o*, de modo que aparentemente estaría en dativo. Se pregunta si el grabador habrá querido escribir *OV* -que habría quedado incompleto- siguiendo el genitivo de la declinación griega en lugar del de la latina en *-i*. Aunque podría pensarse sin más que el lapicida se ha dejado llevar por la forma en dativo de este mismo nombre que aparece unas líneas más arriba sin saber adaptarla a la nueva función que aquí cumple, probablemente tiene razón el editor si se piensa que los restantes apelativos del mismo emperador aparecen correctamente en genitivo.

Otra atracción a los modos de expresión griegos es la que origina lo que parece esconderse tras la lectura PO TO VI, l. 5, donde TO sólo puede entenderse o bien como error en lugar de TE que unido a las dos letras anteriores daría lugar a un POTE que habría que completar hasta *pote(state)* o bien como la transliteración de la manera griega de indicar el número de orden que el cargo ocupa en su vida honorífica: *to s̄*.

Y para terminar con la sintaxis, no creo que la lectura IMPERATOR CAISAR de l. 6 haya de verse como una abreviatura del esperable caso dativo, porque, de haber querido escribir éste, sólo se habría necesitado añadir una *i* al final de ambas palabras. Posiblemente se trate de un auténtico nominativo.

A partir de lo comentado a propósito de esta inscripción pueden hacerse unas someras reflexiones sobre la que podría ser la situación de la lengua latina en el lugar y tiempo a que

pertenece: Chipre a finales del siglo II d. C. Hemos visto cómo en la sintaxis pero, sobre todo, muy especialmente en la grafía actúan sobre el texto latino una serie de interferencias provenientes de la lengua griega; si observamos la restitución completa de ambas versiones puede comprobarse que la griega es más amplia y ofrece más datos que la latina; en el texto latino llega a transliterarse sin más la palabra griega SEB(aste) que podía haberse traducido por *Augusta*; hay aún otro pequeño detalle que no debe pasar desapercibido: las dos letras finales de la inscripción, en griego, representan el numeral “quince” que indica el punto de la vía en que se encuentra el miliario; en cambio no aparece a continuación de la versión latina en su sistema numeral propio, posiblemente porque para los usuarios de la vía la información que pudiesen necesitar la obtendrían a través del griego y no del latín, lengua que probablemente no conocían. Parece claro que la lengua de uso habitual era la griega. Seguramente si se emplea el latín en una inscripción de este tipo se debe al carácter oficial de la misma. De las aproximadamente veinte inscripciones latinas que el *CIL* recoge provenientes de Chipre doce tienen este carácter oficial y del resto dos son bilingües y las otras muy breves. Esto vendría a corroborar la sensación de que la lengua latina no debió de haber conseguido un gran arraigo como lengua usual a pesar de que Chipre era provincia romana desde el 58 a. C. Parecen tener razón Sommer-Pfister cuando afirman que, a diferencia de lo que ocurrió en la zona occidental del imperio romano, “las tierras dominadas por el espíritu griego y por la lengua griega supieron preservar su carácter de la esencia romana”²⁰.

JUAN JOSÉ GARCÍA GONZÁLEZ

Universidad de Oviedo

(20) *op. cit.*, p. 22.